

## LA TRADICIÓN DE LA *LECTIO DIVINA*

Los monjes de hoy y de ayer hemos recibido en herencia un precioso legado: la *lectio divina*. Si ignorar la Escritura, al decir de san Jerónimo, es ignorar a Cristo; ignorar la *lectio* es ignorar la oración monástica.

Cuando le pidieron a Jesús: ¡Señor, enséñanos a orar!, la enseñanza no se hizo esperar. Y Jesús entregó su Palabra vivificada por su Espíritu.

Más de un padre maestro ha de haber escuchado alguna vez esta pregunta de algún fervoroso novicio: ¿qué tengo que hacer para orar? Y, por poca que haya sido su experiencia y su ciencia, le habrá respondido entregándole lo recibido. Este y no otro es el propósito de las páginas que siguen.

### 1. LA TRADICIÓN DE LOS PADRES

En este primer apartado consideraremos sucesivamente los siguientes puntos: la *historia* y el *alcance* del término, las *convicciones* que guían la lectura, las *características* que la caracterizan y los *cuatro sentidos* de la Escritura según los Padres y autores medievales.

#### 1.1. Historia y alcance del término

El sentido de la expresión *lectio divina* conoció una *evolución* a lo largo de los siglos. En un primer momento designaba al mismo libro de las Escrituras; es así como san Cipriano dirá: “Tengan siempre la *lectio divina* entre las manos”<sup>100</sup>.

Se referirá, asimismo, al texto de la Escritura: “Es poca cosa hacer escuchar la trompeta de nuestra voz al pueblo, sin consolidar la fe y las virtudes de los fieles por medio de la *lectio divina*”<sup>101</sup>. Como así también designará el texto litúrgico proclamado en la Iglesia; a esto se refiere san Cesáreo de Arlés al decir: “Me alegro de verlos acudir a la Iglesia para escuchar las *lectiones divinas*”<sup>102</sup>.

Luego, cuando se comenzó a leer y estudiar la Biblia fuera del recinto de la Iglesia, este estudio tomó el nombre de *lectio divina*. Por último, el sentido se amplió hasta implicar la lectura y el estudio de los comentarios patrísticos que ayudaban a comprender la Escritura y, en un sentido más amplio aún, la lectura de las obras cuyo tema era la vida espiritual.

Con Orígenes aparece ya con nitidez la práctica de la *lectio divina*. Sin duda él la aprendió de sus maestros judíos; ellos poseían y cultivaban un modo peculiar de escrutar la Escritura y de “aplicarse” a ella.

Los autores de la época patrística, cada uno a su manera, desarrollan las concepciones del gran maestro de Alejandría sobre la función de la *lectio* en la vida cristiana. Entre los Padres sobresalen san Jerónimo, san Gregorio Magno y, en plena Edad Media, san Bernardo de Claraval.

---

<sup>100</sup> San CIPRIANO, *De los Celos y la Envidia*, 15.

<sup>101</sup> *Idem*, *Carta a Fortunato*, 1.

<sup>102</sup> San CESÁREO DE ARLÉS, *Sermón LXXII*; cf. san BENITO, *Regla*, IV.

Aunque la *lectio divina* era un bien de toda la Iglesia, terminó muy pronto siendo monopolio de las vírgenes, ascetas y monjes. San Juan Crisóstomo no se cansaba de exhortar a sus fieles a escuchar con todo silencio y religioso recogimiento la palabra divina, pero comprueba con dolor que sus consejos no son oídos:

“¿Quién de vosotros, decidme por favor, de los que estáis aquí de pie sería capaz, si se lo preguntara, de repetir un salmo u otro cualquier pasaje de las divinas Escrituras? Nadie en absoluto... ¿Qué excusa podéis alegar contra estos reproches? ‘Yo no soy monje’ me contestará alguno, ‘sino que tengo mujer e hijos y he de cuidar de mi casa’. Pues justamente lo que lo ha echado todo a perder es que penséis que la lección de las divinas Escrituras conviene sólo a los monjes, cuando a vosotros os es más necesaria que a ellos... peor que no leer las Escrituras, es pensar que su lectura es cosa ociosa...”<sup>103</sup>

En las Reglas monásticas de los siglos IV al VI la *lectio* es considerada como una de las prácticas fundamentales y se le reserva una parte importante de la jornada monástica. Las generaciones de monjes medievales aprendieron de los Padres a hacer de la *lectio* una luz para el espíritu: “Como la luz alegra los ojos, así la *lectio* el corazón”<sup>104</sup>. Sobre todo, aprendieron a convertirla en una fuente de oración: “La Sagrada Escritura es el pozo de Jacob de donde se extrae el agua que inmediatamente se derrama en la oración”<sup>105</sup>.

Desde fines del siglo XII, edad de oro de la espiritualidad monástica, la expresión *lectio divina* –¿y la realidad?– comienza a desaparecer. En la *Devotio Moderna* es suplantada por la “oración mental”, ejercicio independiente de lo que luego se llamará “lectura espiritual”. Y esta última se nutre más de la hagiografía popular, manuales de vida interior y obras de meditación que de la Sagrada Escritura... Pero en nuestros días se experimenta un retorno a la *lectio divina* en su sentido más propio; bastan leer a este respecto las exhortaciones del Concilio Vaticano II.

Tratemos ahora de precisar brevemente el *alcance evocativo del término*. Es difícil encontrar en nuestra lengua una palabra equivalente y que exprese todo su contenido. De hecho, no la hay.

No basta hablar de lectura: se indica con ello algo demasiado superficial y poco comprometido. Ni siquiera el término estudio resulta mejor: si bien indica una actividad más intensa, se sitúa a un nivel intelectual y fácilmente se convierte en sinónimo de investigación científica. Se trata de lectura, sí, pero de una lectura peculiar: en la *lectio* se lee por leer y no por haber leído.

El adjetivo divina es también rico en significado. No sólo implica un sentido objetivo: lectura que tiene por objeto la Palabra de Dios tal como se encuentra en la Sagrada Escritura; sino que también posee un sentido subjetivo: lectura hecha con Dios, corazón a corazón, con los ojos de la Esposa, en la intimidad de un diálogo de amor.

La expresión es, por lo tanto, intraducible en las lenguas modernas. Digamos que en la *lectio divina* se lee a Dios con el Espíritu de Dios. Algunos autores monásticos primitivos, entre ellos Pelagio se sirven de una fórmula equivalente que nos puede ayudar a captar el sentido de la *lectio*: *vacare Deo*, es decir, dedicarse a Dios, ¡tomarse vacaciones en Él!

La imposibilidad de traducir la expresión nos invita a hacer una descripción más completa de lo que ella implica; nos valemos para ello de los datos de la tradición. La *lectio divina* es una lectura personal de la Palabra de Dios, por la cual uno se esfuerza en asimilar su verdad y vida. Es una lectura hecha en la fe, en espíritu de oración, creyendo en la presencia actual de Dios que me habla por medio del texto sagrado, esforzándome por estar asimismo presente, en espíritu de obediencia y de completo abandono

<sup>103</sup> San JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre San Mateo*, II: 5.

<sup>104</sup> ALCUINO, *Carta 51*.

<sup>105</sup> ARNOLDO DE BOHÉRIES, *Espejo de los Monjes*, 1.

tanto a las promesas cuanto a las exigencias divinas. En definitiva, la *lectio divina* es: una lectura meditativa, sobre todo de la Biblia, prolongada en oración contemplativa; es decir, una lectura:

- Sin prisas: apacible, reposada, desinteresada, leyendo por leer y no por haber leído.
- Comprometida: en la que se dona toda la persona, inteligencia, voluntad, imaginación, sentimientos, cuerpo...
- Recogida: en actitud de fe y amor, buscando un contacto vivo y vivificante con la Palabra de Dios.
- Sapiencial: su meta es la comunión, el estar con Dios, gustar a qué sabe Dios.

En la Edad Media, la *lectio* era un ejercicio espiritual, inseparable de la *meditatio*. Esta era una práctica de memorización integral, muscular y auditiva, una verdadera *ruminatio* de la Palabra. La *lectio* tendía a gustar el *sapor* de la Palabra de Dios con el *palatum cordis*, constituía una oración, una lectura-orada cuyo fin era una experiencia sapiencial, la *contemplatio*.

En el ámbito monástico medieval la *lectio divina* formaba parte de la disciplina por la cual –conforme a la etimología de esta palabra– el monje se dejaba “amaestrar” como discípulo por Dios. Era uno de los *exercitia spiritualia* que daba a la vida monástica sus dos características esenciales: ascesis exigente y orientación contemplativa. La *lectio* era y es una de las formas de la oración monástica; busca hacer real la continua atención a Dios que la tradición ha designado como oración continua o *memoria Dei*. Es asimismo inseparable, volvemos a repetirlo, de la meditación, oración y contemplación. Hecha en privado encuentra su complemento en la *collatio* (*confero*: confrontar, contribuir), es decir en el coloquio o diálogo espiritual en el que se intercambian las ideas y experiencias motivadas por el texto y se aclaran las dudas y problemas que el mismo suscita.

## 1.2. Las convicciones que guían la lectura

El pensamiento conduce la vida. Las concepciones de fondo guían las aplicaciones prácticas. Importa individualizarlas en el caso de la *lectio*. Se trata de captar la visual de fe, el telón de fondo, sobre la cual la antigüedad cristiana recibió el mensaje de Dios consignado en la Escritura. De esta visual depende, más que de cualquier otro elemento, el modo como que leían la Biblia.

La *convicción de fe más fundamental* que guía la lectura, en palabras de san Cipriano aconsejando a Donato, era ésta: “Sé asiduo tanto a la oración como a la lectura. Cuando oras hablas tú con Dios, cuando lees habla Dios contigo”<sup>106</sup>. Esta convicción pasó de generación en generación. En efecto, la encontramos en san Ambrosio, san Agustín, san Jerónimo, san Isidoro, san Leandro, Smaragdo, Alcuino, Guigo, Serlón de Savigny, Gilberto de Hoyland, santo Tomás de Aquino... En nuestros días, el Concilio, citando el texto de Ambrosio, pone en nuestras manos este rico legado de la tradición:

“Recuerden que la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañarse de la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre, pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras”<sup>107</sup>.

Pero, sin dudas, la formulación más encantadora de este diálogo divino y humano es la de san Jerónimo. Escribiendo a la joven virgen romana Eustoquia, le dice: “Sea tu custodia lo secreto de tu aposento y allá dentro recréese contigo tu Esposo. Cuando oras, hablas a tu Esposo; cuando lees, Él te habla a ti”<sup>108</sup>.

Esta convicción profunda hace exclamar a uno de tantos: “¡Oh dulce coloquio, oh suave entretenimiento!”<sup>109</sup>.

<sup>106</sup> San CIPRIANO, *A. Donato*, 15.

<sup>107</sup> VATICANO II, *Dei Verbum*, 25.

<sup>108</sup> San JERÓNIMO, *Carta*, 22:25.

<sup>109</sup> *Exhortación* de GUILLERMO FIRMAT.

A su vez, esta certeza se asienta sobre *otras ideas-fuerza* que ahora no es posible sino indicar brevemente.

Ante todo, un vivísimo sentido de la trascendencia de la Palabra, “letra venida del cielo”<sup>110</sup>, frente a la cual palidece todo lenguaje humano. En la Edad Media se ama hablar de “Su Majestad, la Escritura”<sup>111</sup>; un poema canta: “Reina la página del cielo”<sup>112</sup>. Se multiplican los adjetivos para calificarla: página divina, sagrada, celeste, eterna... pues Ella nos permite “beber en la fuente del conocimiento de Dios”<sup>113</sup>. Para Guillermo de san Thierry la Escritura es un “beso de eternidad”, preludio de la contemplación del cielo<sup>114</sup>. Mucho antes, San Jerónimo no vacilaba en afirmar: “El Reino de los cielos es el conocimiento de la Escritura”<sup>115</sup>.

Y si la Escritura era un Libro trascendental lo era por ser un Libro Vivo. Bajo sus fórmulas se esconde la misteriosa presencia de Dios que nos interpela cuando la leemos. Cuando se escuchan sus palabras, al decir de san Gregorio, “es como si viese su propia boca”<sup>116</sup>.

La inspiración, para los Padres, es una realidad siempre en acto: “Como el Espíritu de vida toca el alma del profeta (autor inspirado), así también toca el alma del lector”<sup>117</sup>; por esto mismo: “Las Escrituras santas han de leerse y entenderse con el mismo Espíritu con que fueron escritas”<sup>118</sup>. La Palabra es “fecundada milagrosamente por el Espíritu”<sup>119</sup>, el cual continúa animándola con su sople asegurándole así una perenne juventud. Por lo tanto, la Escritura no transmite meramente un mensaje, implica una presencia: es Alguien, es el Dios Vivo. De aquí deriva su eficacia salvífica: “Aquí se halla la verdadera vida, dirá san Bernardo, y mi espíritu no tiene otra que la meditación de tales misterios”<sup>120</sup>; y también: “En el seno profundo de la Palabra sagrada buscaré para mí espíritu y vida, y ésta es mi porción pues creo en Cristo”<sup>121</sup>.

Y este Libro Vivo, en su totalidad, converge en Cristo: “Toda la Escritura divina es un solo libro, y éste único libro es Cristo”<sup>122</sup>. Cristo es la “Palabra breve, pero viva y eficaz”<sup>123</sup>, la “Palabra abreviada”<sup>124</sup> que resume toda la revelación y el hecho decisivo que recapitula toda la historia de salvación: “Las muchas palabras que Dios ha pronunciado son una sola Palabra que se ha hecho carne”<sup>125</sup>. Por consiguiente, leer la Escritura es buscar a Cristo y encontrarlo: “Cuando leemos la Escritura tocamos la Palabra de Dios, tenemos ante la mirada al Hijo de Dios, como en un espejo y confusamente”<sup>126</sup>. Para san Agustín, “el Evangelio es la boca de Cristo”<sup>127</sup>. Y todo es gracia, pues Cristo “el libro mismo, digno es de abrirse a sí mismo”<sup>128</sup>. Por lo tanto, leer la Escritura es andar en búsqueda de Cristo: “La Iglesia con todo su ardor busca en la Escritura a Aquel a quien ama”<sup>129</sup>. En este sentido, interpretan el Cantar de los Cantares Orígenes, Ambrosio y Bernardo; para ellos la

---

<sup>110</sup> ELREDO DE RIEVAL, *Amistad Espiritual*, 1.

<sup>111</sup> RUPERTO DE DEUTZ, *Sobre el Apocalipsis*, III.

<sup>112</sup> A. NECKAM.

<sup>113</sup> RUPERTO DE DEUTZ, *Sobre el Apocalipsis*, XII.

<sup>114</sup> GUILLERMO DE SAN THIERRY, *Comentario al Cantar de los Cantares*, 36.

<sup>115</sup> San JERÓNIMO, *Sobre San Mateo*.

<sup>116</sup> San GREGORIO MAGNO, *Morales*, XVI, 25,43.

<sup>117</sup> *Idem*, *Homilias sobre las Profecías de Ezequiel*, VII, I: 9-16.

<sup>118</sup> GUILLERMO DE SAN THIERRY, *Carta de Oro*, XXXI (70); cf. VATICANO II, *Dei Verbum*, 12.

<sup>119</sup> Anónimo.

<sup>120</sup> San BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, XVI:1.

<sup>121</sup> *Idem*, *Ibid.*, LXXIII:2.

<sup>122</sup> HUGO DE SAN VÍCTOR, *Del Arca de Noé (Mor)*, II: 2.

<sup>123</sup> San BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, LIX: 9.

<sup>124</sup> *Idem*, *Sermón en la Vigilia de la Natividad del Señor*, I:1.

<sup>125</sup> RUPERTO DE DEUTZ, *Sobre San Juan*, I, VII.

<sup>126</sup> *Idem*, *De la Trinidad*, I: 6.

<sup>127</sup> San AGUSTÍN, *Sermón*, LXXXV: 1.

<sup>128</sup> San BERNARDO, *Sermón en el Día de Pascua*, I: 12.

<sup>129</sup> ONORIO, *Sobre el Cantar de los Cantares*.

exégesis no es una técnica sino una mística<sup>130</sup>. El sentido de la Escritura no es una verdad impersonal es Cristo<sup>131</sup>.

Concluyendo, abrir la Biblia es encontrar a Cristo, aún más, es comer a Cristo. San Jerónimo tiene esta frase famosa: “Desconocer las Escrituras es desconocer a Cristo”<sup>132</sup>. Y también es suya ésta otra que puede llegar a sorprendernos: “Yo creo que el Evangelio es el cuerpo de Cristo... Y aunque las palabras ‘quien no comiere mi carne y bebiere mi sangre’ pueden entenderse también del misterio (de la Eucaristía), con todo, las Escrituras, la doctrina divina, son verdaderamente el cuerpo y la sangre de Cristo”<sup>133</sup>. Esto explica que en otro lugar el Doctor Bíblico aconseje: “Conocer las mismas venas y carnes de la Escritura”<sup>134</sup>. Esta comparación entre la Escritura y la Eucaristía es, como sería fácil probar, una constante de la tradición cristiana. El Concilio también la hace suya<sup>135</sup>.

### 1.3. Las características que la califican

Una visión teológica tal como la que hemos indicado origina un tipo concreto de lectura. Veamos sus principales características o condiciones que la hacen posible.

Ante todo, se trata de una lectura preparada por la *ascesis* y lo que ella implica. De hecho, según la parábola del sembrador, la semilla de la Palabra hay que recibirla en un terreno acogedor. Es necesario un esfuerzo ascético que desemboque en la *humildad* y en la *puritas cordis*. Con este último término se indicaba en la antigüedad la ausencia de cualquier afecto a las creaturas que separase del amor de Dios y del sentido de su presencia. Se trata de una libertad total en vistas a una dedicación total. La doctrina de la tradición es bien clara a este respecto: “A los impuros no se les muestra la Verdad, no se les entrega la Sabiduría”<sup>136</sup>. La pureza afina la mirada de la fe y permite la actitud humilde necesaria para entender la Palabra. La Escritura, decía por experiencia san Agustín, “no es cosa hecha para los soberbios”<sup>137</sup>.

Nos cuenta Juan Casiano que algunos hermanos admirados de las luces espirituales del Abad Teodoro le preguntaron acerca del sentido de algunos pasajes difíciles de la Escritura. La respuesta del anciano fue harto clara y elocuente:

“El monje que suspira por conocer a fondo las divinas Escrituras no debe preocuparse demasiado de hojear los comentarios, sino enderezar sobre todo el cuidado de su espíritu y el ardor de su corazón a purificarse de sus vicios y pecados. Una vez que éstos desaparecen, se disipa el celaje de las pasiones que interceptaban la visión del alma, y entonces contempla con naturalidad los misterios que entraña el texto sagrado...”<sup>138</sup>.

En la *Colación XIV*, Casiano desarrolla ampliamente, por boca del Abad Nesteros, la necesidad de la pureza de corazón para penetrar el mensaje bíblico. “Si deseáis llegar a la luz de la ciencia espiritual no a impulsos de la vana jactancia, sino por amor a la pureza, inflamaos ante todo en el deseo de esta beatitud, de la cual se ha dicho: Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios”<sup>139</sup>. Sólo la pureza de alma, ilustrada por la luz del Espíritu Santo, permite “penetrar hasta el corazón de las palabras celestiales y contemplar con la mirada pura del alma los misterios más profundos y escondidos”. Y la razón es muy sencilla: “No se encierra en un vaso fétido y corrompido un perfume de calidad, una miel excelente, un licor precioso; porque el vaso, penetrado como está de esencias

<sup>130</sup> Cf. san BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, XXIII: 3.

<sup>131</sup> Cf. *Idem*, *Sermones Varios*, XCII: 2.

<sup>132</sup> San JERÓNIMO, *Sobre Isaías*, Prólogo 1; Cf. Vaticano II, *Dei Verbum*, 25.

<sup>133</sup> *Idem*, *Sobre los Salmos*, 131.

<sup>134</sup> *Idem*, *Sobre San Mateo*, 4.

<sup>135</sup> Cf. VATICANO II, *Dei Verbum*, 21, 26.

<sup>136</sup> San BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, LXII: 8.

<sup>137</sup> San AGUSTÍN, *Confesiones*, LIII, V: 9.

<sup>138</sup> CASIANO, *Instituciones*, V: 34.

<sup>139</sup> *San Mateo* 5:8.

malsanas, contaminará, queramos o no, el perfume más oloroso antes que recibir de él alguna suavidad o fragancia”. Y esto es tan importante que Nesteros no se cansa de exhortar:

“Tienes que apresurarte, pues, si quieres llegar a alcanzar la ciencia verdadera de las Escrituras, a fijarte, en primer lugar, de una manera estable, en la humildad de corazón. Esta te conducirá no a la ciencia que hincha, sino a la que ilumina por la consumación de la caridad. Porque es imposible que el alma que no es pura consiga el don de la ciencia espiritual”.

La situación de pureza de nuestro corazón es, además, correlativa a nuestra comprensión de la Escritura: “A los hombres carnales les parece la Escritura como terrena; a los espirituales, cosa celestial y divina. Y aquellos que la veían como envuelta en espesas tinieblas, son ahora capaces de sondear su profundidad o sostener su fulgor con la mirada”<sup>140</sup>. Concepción que también comparte san Gregorio: “Como es el que escruta la Escritura tal se muestra el texto sagrado. ¿Has progresado en la vida activa? Avanza contigo. ¿Has llegado a la estabilidad y la constancia del espíritu? Se detiene contigo. ¿Has entrado por la gracia de Dios en la vida contemplativa? Vuela contigo”<sup>141</sup>.

Junto a la ascesis conducente a la pureza de corazón, dado que el fin de la *lectio* es un conocimiento vital, es necesario que la lectura se ubique en un *clima de oración*. Y no sólo en un clima de oración sino que la lectura ha de estar entretejida con momentos de oración. Sólo la oración humilde y confiada puede hacer que la Palabra nos abra y muestre sus secretos. “Orad para entender”, decía san Agustín<sup>142</sup>. Guillermo de san Thierry recomienda vivamente las interrupciones, durante la lectura, dedicadas a la oración; éstas, lejos de molestar, ayudan a comprender el texto<sup>143</sup>. Esta enseñanza es constante; ya recomendaba el Abad Pafnucio: “Cuando se trata de aprender la ciencia de la ley... imploren diariamente del Señor que sea su maestro y alumbre sus ojos para poder alcanzarla”<sup>144</sup>. Quizás nos llame la atención o escandalice el ejemplo de un anciano: ¡pasó siete días con sus noches en oración a fin de entender un pasaje difícil de la Escritura!<sup>145</sup>.

El *silencio*, la *calma interior*, el *recogimiento* son también condiciones imprescindibles. Permiten que confluyan en la escucha todas las energías interiores: las de la cabeza y las del corazón. Sólo acoge quien se recoge. Orígenes sentenciaba: “Nadie puede penetrar el sentido del Evangelio si no ha descansado como Juan, en íntimo coloquio, sobre el pecho de Jesús”<sup>146</sup>. Y san Bernardo bendecía: “Bienaventurada el alma que percibe en el silencio las pequeñas pulsaciones del murmullo divino y repite frecuentemente con Samuel: “Habla, Señor, que tu siervo escucha”<sup>147</sup>.

Todo esto implica, claro está, una *lectura perseverante y asidua*. Tal como los monjes sirios que, al decir de san Juan Crisóstomo, perseveraban en la lectura como “clavados en sus libros”<sup>148</sup>. San Jerónimo recomendaba a la virgencita Eustoquia: “Lee con mucha frecuencia... que el sueño te sorprenda con el libro en la mano, que cuando caiga tu rostro, vencido por él, lo reciba la página santa”<sup>149</sup>. Y de san Martín de Tours decía su biógrafo, Sulpicio Severo: “No pasa jamás una hora o un momento en el que no se aplicase a la oración o no atendiese a la lectura”<sup>150</sup>. Sólo así se cumple lo prometido por san Gregorio: “Si nos unimos a ella con asidua frecuentación, penetramos su pensamiento como en un coloquio familiar”<sup>151</sup>.

---

<sup>140</sup> CASIANO, *Colaciones*, XIV: 9.10,11,14.

<sup>141</sup> San GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre las Profecías de Ezequiel*, I,VII: 16.

<sup>142</sup> San AGUSTÍN, *Sobre la Doctrina Cristiana*, III, XXXVII: 56.

<sup>143</sup> GUILLERMO DE SAN THIERRY, *Carta de Oro*, XXXI (71).

<sup>144</sup> CASIANO, *Colaciones*, III: 14.

<sup>145</sup> *Idem*, *Instituciones*, V: 3.

<sup>146</sup> ORÍGENES, *Sobre San Juan*, I,6.

<sup>147</sup> San BERNARDO, *Sermones Varios*, XXIII: 7; Cf. *Sermón en el Día de la Asunción*, III: 7.

<sup>148</sup> San JUAN CRISÓSTOMO, *Homilias sobre San Mateo*, LXVIII:4.

<sup>149</sup> San JERÓNIMO, *Carta 22:27*.

<sup>150</sup> SULPICIO SEVERO, *Vida de San Martín*, XXVI.

<sup>151</sup> San GREGORIO MAGNO, *Morales*, IV: 1.

Nesteros recomienda aplicarse asiduamente a la lectura hasta que ésta “repetición continua acabe por imbuir e impregnar la mente”<sup>152</sup>. Lectura y repetición (meditación o rumiación) van de la mano. La matrona romana Paula, nos lo asegura san Jerónimo, “no cantaba otra cosa que los salmos y no hablaba más que del Evangelio”; en su hora postrera, próxima a expirar, “repetía los mismos versículos...”<sup>153</sup>. De uno de sus monjes, afirmaba Pedro el Venerable que “repetía y rumiaba su boca sin descanso las palabras sagradas”<sup>154</sup>. Lo mismo se cuenta de Juan de Gorze: “repetía sin cesar los salmos, con silencioso murmullo, al igual que el zumbido de una abeja”<sup>155</sup>.

El ejercicio de repetición constante de la Palabra es causa y efecto de la memorización bíblica; no se concebía la oración sin dicha práctica. Esto explica la siguiente norma de las Reglas de san Pacomio: “En general, nadie en el monasterio quedará sin aprender a leer y sin retener en su memoria algo de las Escrituras, como mínimo, el Nuevo Testamento y el Salterio”<sup>156</sup>. Pero no se trataba de memorizar y de repetir como un loro; a un jovencito que se jactaba de saber y de poder repetir de memoria toda la Escritura, un anciano le respondió: “Has llenado el aire de palabras”<sup>157</sup>. Muy diferente juicio mereció Neposiano por parte de san Jerónimo, el joven, “por la asidua lectura y la meditación prolongada, había hecho de su pecho una biblioteca de Cristo”<sup>158</sup>.

Escuchemos, finalmente, a san Gregorio recomendando a su hilo espiritual Teodoro, médico del Emperador, la lectura asidua de la Palabra de Dios:

“Tengo que dirigirte una queja, ilustre hijo Teodoro. Recibiste gratuitamente de la Santísima Trinidad la inteligencia y los bienes temporales, la misericordia y el amor, pero, estás constantemente inmerso en los asuntos materiales, obligado a frecuentes viajes y dejas de leer diariamente las palabras de tu Redentor. ¿No es la Sagrada Escritura una carta del Dios todopoderoso a su criatura? Si te alejaras por un tiempo del emperador y recibieras de él una carta no descansarías ni dormirías hasta después de leer lo que te había escrito un emperador de la tierra. El Emperador del cielo, el Señor de los hombres y de los ángeles, te ha dirigido una carta en la que se refiere a tu vida, y tú no te ocupas de leerla con fervor. Aplícate, te lo ruego, a meditar cada día las palabras de tu Creador. Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios”<sup>159</sup>.

Pero, sobre todo, la lectura será *diálogo con Dios*. El diálogo radica en la convicción, como ya hemos dicho, de que Dios, por la Escritura, nos habla. Esto conduce a la actitud bíblica fundamental: escuchar. De acá surge la relación religiosa: de hecho sólo en el diálogo el prójimo se me presenta como persona. Se trata de un diálogo maravilloso en el que Dios mismo nos hace sus interlocutores: nos dirige su palabra y nosotros le podemos responder.

Este diálogo se articula en una serie de actos o momentos fundamentales. Habrá que esperar a Guigo II, Prior de la Gran Cartuja, para que esta articulación se exprese en una forma sistemática y orgánica. En los siglos anteriores a Guigo, los elementos que él clasifica ya se encontraban todos presentes y eran ampliamente ilustrados y, sobre todo, vividos. Pero no se pensaba en clasificarlos, no existían las exigencias de nuestra lógica, bastaba la lógica de la vivencia.

La lectura orada se expresaba, pues, con una serie de términos que en movimiento ascendente se ubican así: lectura, reflexión, estudio, meditación, oración y contemplación. En realidad el estudio y la reflexión entraban en el ámbito de la meditación. Guigo sólo retiene, por consiguiente, lectura-meditación-oración-contemplación. Considera estos cuatro actos como los grados de una escala

---

<sup>152</sup> CASIANO, *Colaciones*, XIV: 10.

<sup>153</sup> San JERÓNIMO, *Carta*, 45:3 y 108:28.

<sup>154</sup> PEDRO EL VENERABLE, *De los Milagros*, I: 20.

<sup>155</sup> JUAN DE SAN ARNULFO, *Vida de Juan de Gorze*, LXXX.

<sup>156</sup> San PACOMIO, *Reglas*, 140; cf. 139.

<sup>157</sup> *Apotegmas*, Serie Sistemática, X: 94.

<sup>158</sup> San JERÓNIMO, *Carta*, 60:10.

<sup>159</sup> San GREGORIO MAGNO, *Carta*, 4:31.

ascendente cuya parte inferior apoya en tierra y cuyo término superior penetra en los cielos. El punto de partida, de este maravilloso itinerario, es la lectura y la meta final, la contemplación. ¡Toda la experiencia religiosa, hasta la cima de la experiencia mística, depende de la Escritura! Los Padres no saben dar a la espiritualidad otro fundamento que la Biblia.

Las cuatro experiencias de la *lectio divina* se encuentran íntimamente ligadas. Son cuatro momentos de un único movimiento del espíritu. Hugo de Montagne lo dice con fórmula precisa: “Mientras leo, oro, y mientras oro contemplo”<sup>160</sup>. Los grados, entonces, no se suceden unos a otros, sino que son como los ramales de una misma cuerda, son elementos coexistentes, y no solo coexisten sino que también se sobreponen entre sí y a veces presentan notas tan semejantes que se distinguen con dificultad. Con imágenes y descripciones sencillas nos enseña Guigo cómo se articulan estos cuatro momentos y cuál es el sentido de cada uno de ellos. Prestémosle atención por un instante:

“La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada. La meditación la descubre. La oración la pide. La contemplación la saborea.

La lectura pone como un sólido alimento en la boca. La meditación lo mastica y desmenuza. La oración percibe el gusto. La contemplación es la dulzura misma que alegra y alimenta.

La lectura es como la corteza. La meditación como la médula. La oración, la petición de lo deseado. La contemplación, el gozo de la dulzura ya alcanzada.

La lectura aparece en primer lugar, como el fundamento; ella proporciona la materia y nos lleva a la meditación. La meditación busca atentamente qué es aquello que debe ser deseado; cavando, descubre un tesoro, y lo muestra, pero no puede alcanzarlo por sí misma, y nos remite a la oración. La oración, alzándose con todas sus fuerzas hacia Dios, le pide el deseado tesoro: la suavidad de la contemplación. Esta, cuando llega, recompensa el esfuerzo de las tres anteriores, embriagando al alma sedienta con la dulzura del rocío celestial.

La lectura es un ejercicio exterior. La meditación, un acto de la inteligencia interior. La oración, un deseo. La contemplación, algo por encima de los sentidos. El primero es el grado de los que comienzan. El segundo, de los que progresan. El tercero, de los devotos. El cuarto, de los bienaventurados.

Estos grados, de tal modo están conectados entre sí, y de tal modo se ayudan recíprocamente, que de poco o nada sirven los precedentes sin los subsiguientes, y nunca o casi nunca se pueden adquirir los subsiguientes sin los precedentes.

De todo esto podemos concluir que la lectura sin la meditación es árida. La meditación sin la lectura es engañosa. La oración sin la meditación es tibia. La meditación sin la oración es infructuosa. La oración devota alcanza la contemplación, pero la contemplación sin la oración es un hecho raro o milagroso”<sup>161</sup>.

Quizás estos otros textos de la tradición medieval puedan también iluminarnos y sacar a luz algo que Guigo omitió o expresó de otra manera:

“Vosotros, los que oráis como de paso y os detenéis largo tiempo en la lectura; los que ardéis en deseos de leer y sois tan fríos para orar. Tened esto en cuenta. La lectura debe servir para la oración y disponer para el amor. Cuando lees, aprendes algo de Cristo;

---

<sup>160</sup> HUGO DE MONTAGNE, Ms. Latino 3589 de la Biblioteca Nacional de París.

<sup>161</sup> GUIGO II, *Escala de los Monjes*, III, XII-XIV.



cuando oras, entablas con él una conversación familiar. ¡Y cuánto más provechoso es hablar con él que hablar de él!”<sup>162</sup>.

“Cuando lea, que busque el sabor, no la ciencia. La Sagrada Escritura es el pozo de Jacob de donde se extrae el agua que inmediatamente se derrama por la oración. No será necesario, pues, ir al oratorio para comenzar a orar, sino que en la misma lectura habrá ocasión para orar y contemplar”<sup>163</sup>.

“Buena es la lectura, mejor la meditación, pero la oración es óptima. La lectura ilumina la inteligencia; la meditación consolida el ánimo; la oración alimenta y engorda... He aquí la ‘cuerda de tres ramales’ que, según Salomón, ‘difícilmente se rompe’. En estos tres elementos se cifra toda la vida de nuestro espíritu. Sin estas tres alas espirituales nadie llega a ser verdaderamente espiritual”<sup>164</sup>.

“La lectura te propone, como en un espejo, qué es lo que has de hacer. En el trabajo de la meditación buscas y hallas el modo práctico de obrar. Con la asiduidad en la oración alcanzas del cielo el auxilio necesario para obrar. Cooperando tú con tu trabajo, más confiando en la ayuda divina, es cómo realizas las buenas obras. Cuando estas cuatro cosas, por su ejercicio, han llegado a ser habituales, conducen al alma ya purificada a la contemplación de las cosas del cielo”<sup>165</sup>.

“No leas las Santas Escrituras sólo para saber, que es curiosidad; ni para hacerte famoso ni vanagloriarte, que es vanidad; ni, mucho menos, para injuriar a quienes no amas plenamente, lo cual es inicuo. Utiliza, más bien, la *lectio divina* como espejo donde vea el alma, como en imagen propia, sus fealdades para corregirlas y sus bellezas para aumentarlas. Recuerda que lo que lees es Palabra de Dios, quien impuso su ley, no tanto para leerla y conocerla, como para practicarla y cumplirla... Procura, además, retener lo que lees... Hecho esto, vete, y, cerrado el libro, entrégate a tu soliloquio”<sup>166</sup>.

“Hay tres géneros de meditación: sobre las creaturas, sobre las Escrituras y sobre las costumbres... En la meditación sobre las Escrituras hay que considerar: la lectura que ofrece la materia para conocer la verdad; la meditación que la adapta, la oración que la eleva; la operación que la aplica y la contemplación que exulta con ella”<sup>167</sup>.

“La contemplación comúnmente se refiere a cualquier acto por el cual uno, separándose de actividades exteriores, se dedica solamente a Dios. Esto puede suceder de dos maneras: ya sea cuando el hombre escucha a Dios que le habla, y esto sucede en la lectura; o cuando él le habla a Dios, lo cual tiene lugar en la oración. La meditación, empero, se refiere a estas dos maneras como un camino medio entre ellas. Dios nos habla en las Escrituras; nosotros, por la meditación, nos hacemos presentes a El con la inteligencia y el corazón; así, presentes ante El o teniéndole presente, podemos hablarle mediante la oración. Por este motivo Hugo señaló tres partes en la contemplación: lectura, meditación y oración”<sup>168</sup>.

#### 1.4. Los cuatro sentidos de la Escritura

---

<sup>162</sup> GILBERTO DE HOYLAND, *Comentario al Cantar de los Cantares*, VII: 2.

<sup>163</sup> ARNOLDO DE BOHÉRIES, *Espejo de los Monjes*, 1.

<sup>164</sup> Anónimo del siglo XII.

<sup>165</sup> ADAM DE PERSEIGNE, *Carta*, 30.

<sup>166</sup> ESTEBAN DE SALLEY, *Espejo de los Novicios*, XV, XVII.

<sup>167</sup> HUGO DE SAN VÍCTOR, *De la Meditación*.

<sup>168</sup> Santo TOMÁS DE AQUINO, *Sobre los IV Libros de las Sentencias*, d. 15, q. 4, a. 1.

Aunque nos repetimos, afirmémoslo una vez más: Cristo es el centro y sentido de la Sagrada Escritura. Esta afirmación es obvia para el Nuevo Testamento, pero es también válida para el Antiguo. En efecto, Jesús mismo dijo: “Moisés escribió de mí”<sup>169</sup>; y nos enseñó “lo que había sobre él en todas las Escrituras”<sup>170</sup>.

Los autores del Nuevo Testamento, en un acto contemplativo, descubren el sentido cristiano de la Antigua Alianza. Los ejemplos, a este respecto, son abundantes<sup>171</sup>.

Por su parte, los primeros exégetas cristianos, al comenzar a desarrollar el comentario del Antiguo Testamento se vieron obligados a establecer unas técnicas y a formular un método con su correspondiente terminología. Entre las técnicas de exégesis espiritual utilizadas nos interesa ahora la Alegoría. Nacida en Alejandría por inspiración de Orígenes, se desarrolla en occidente por medio de san Agustín y san Gregorio Magno, para alcanzar su cumbre en la Edad Media. Al hacer esto, los Padres no consideran estar haciendo nada nuevo sino sencillamente: “Tomando de san Pablo apóstol la semilla del sentido espiritual, procuremos cultivarla en cuanto el Señor, por vuestras oraciones, se digne iluminarnos”<sup>172</sup>.

Para Orígenes y sus seguidores hay básicamente dos sentidos bíblicos: el literal (llamado también sentido histórico, lógico, gramatical y directo) y el espiritual. Pero este último presenta tres aspectos a cada uno de los cuales corresponde un sentido específico denominado de varias formas, a saber:

- Aspecto místico o misterioso: sentido alegórico, analógico o dogmático.
- Aspecto moral: sentido tropológico, práctico o propiamente espiritual.
- Aspecto escatológico: sentido anagógico.

Esta concepción se plasmó didácticamente, en el siglo XIII, en la siguiente fórmula clásica o doctrinal que tiene por autor a Agustín de Dacia:

*Littera gesta docet,*  
la letra enseña los hechos,  
(la historia es el fundamento)  
*Quid credas allegoria,*  
la alegoría lo que has de creer,  
(la alegoría edifica la fe)  
*Moralis quid agas,*  
la moral cómo has de obrar,  
(la tropología edifica el amor)  
*Quo tendas anagogia,*  
la anagogía lo que has de esperar,  
(la anagogía edifica la esperanza)

Como se podrá apreciar, la exégesis espiritual de los cuatro sentidos bíblicos, se fundamenta en la siguiente afirmación: todo lo que Dios quiere decirnos en la Sagrada Escritura se refiere al misterio de Cristo, prefigurado en el Antiguo Testamento (alegoría), presente en los hechos del Nuevo, interiorizado en el alma de cada cristiano (tropología), y consumado en la gloria (anagogía).

Junto a esta fórmula doctrinal encontramos una fórmula abreviada o espiritual: letra, tropología y alegoría. Notemos que la tropología antecede a la alegoría, como así también la omisión de la anagogía. Esta última, aunque no explicitada, no era sino la experiencia mística que anticipaba lo esperado; experiencia que pasará luego a ser la explicitación subjetiva del sentido anagógico.

---

<sup>169</sup> *San Juan* 5:46.

<sup>170</sup> *San Lucas* 24:27; cf. 4:16-21.

<sup>171</sup> Cf. *San Mateo* 26:61; *San Juan* 3:14; 6:49-50; *Romanos* 2:29; *1 Corintios* 10:1-11; *2 Corintios* 3:6-16; *Gálatas* 4:21-31; *Hebreos* 10:1; etc.

<sup>172</sup> ORÍGENES, *Sobre el Exodo*, V: 1.

Los sentidos bíblicos implican, por consiguiente, una triple conversión: la alegoría, del Cristo prefigurado al Cristo presente; la tropología, la reforma de la propia vida en Cristo; la anagogía, la adecuación del presente por el futuro. La alegoría significa, además, una conversión del entendimiento; la tropología, de las costumbres; la anagogía, de los deseos. La alegoría es el sentido del dogma y edifica la fe; la tropología, de la moral y edifica la caridad; la anagogía, de la mística y edifica la esperanza.

San Bernardo de Claraval, en pleno siglo XII monástico, nos invita a buscar el sentido espiritual de la Escritura pues la misma Escritura lo ha invitado a él:

“Hemos de quitar, hermanos míos, la herrumbre de la plata, para que ésta brille con mayor claridad... En la plata están significadas las palabras divinas y, aunque pasara esto en silencio, no por eso vosotros lo ignorarías. Por eso dice el salmista: ‘Las palabras del Señor son castas como plata probada por el fuego’<sup>173</sup>. La herrumbre de esta plata es la superficie de la letra, o sea el sentido histórico. Si dejándolo de lado, quieres dilucidar más profundamente la Sagrada Escritura, resaltará el sentido espiritual, el cual te alimentará. Por eso dice Salomón: ‘Quita la herrumbre de la plata y saldrá un vaso purísimo’<sup>174</sup>. Quita la herrumbre de la plata quien sin adherirse por completo a la superficie de la letra no se abraza a ella, antes bien abraza la inteligencia espiritual oculta debajo de ella, con la cual el alma se alimenta llena de gozo, y elevada por el amor de Dios, se sacia con esta piadosa refección’<sup>175</sup>.

Téngase presente que los sentidos espirituales se encuentran germinalmente en la Sagrada Escritura, crecen por la meditación y penetración contemplativa de los creyentes. De acá que diga san Gregorio: “Las palabras de la Sagrada Escritura crecen en inteligencia (i.e. en sentido) según lo que en ellas sienten los lectores”<sup>176</sup>.

Existe, pues, una íntima relación entre los sentidos de la Escritura y la *lectio divina*. Gracias a ella podemos gustar los diferentes niveles de comprensión de la Palabra de Dios.

Valiéndonos del libro de Josué tratemos de ejemplificar los cuatro sentidos bíblicos y relacionarlos con el proceso de la *lectio*:

- Sentido *literal*, la letra: Dios salva por medio de Josué a fin de hacer descansar al pueblo en la tierra prometida. Esto es lo que aprendemos por una atenta *lectura* del texto.
- Sentido *alegórico*, basado en la unidad y analogía de los dos Testamentos: El Padre nos salva por medio de su Hijo Jesús a fin de introducirnos en el descanso final. Este sentido es fruto de una asidua meditación orante.
- Sentido *tropológico*, que permite la aplicación moral de la normatividad de la historia salvífica comprendida según la alegoría, es una etapa de la historia de salvación que prolonga la vida de Cristo en nuestras propias vidas: Hay que escuchar la Palabra y ponerla en práctica a fin de no caer en la desobediencia y quedar en el camino. Es también fruto de la *meditación* y la *oración* que se encarnan en la vida.
- Sentido *anagógico*, en el que la historia salvífica, experimentada como historia de la unión con Dios, se convierte, por la *oración* y la *contemplación*, en un “ya” en tensión hacia la plenitud que aún no es.

---

<sup>173</sup> Salmo 11:7.

<sup>174</sup> Proverbios 25:4.

<sup>175</sup> San BERNARDO, *Sentencias*, III: 111; cf. *Sermón en el Domingo Primero después de Epifanía; Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, LXXIII: 2, “en el seno profundo de la Sagrada Escritura buscaré para mí espíritu y vida”.

<sup>176</sup> San GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre las Profecías de Ezequiel*, I,VII: 9.

Consideremos ahora cada uno de los cuatro sentidos de la Escritura. Pero no perdamos de vista la íntima relación que existe entre ellos; así como existe una relación íntima e inseparable entre los cuatro momentos del proceso de la *lectio divina*.

#### 1.4.1. La letra manifiesta los hechos de la historia

La historia, la realidad de los hechos, el sentido literal del texto, es el fundamento de todo. Si un autor patristico rechaza la letra, generalmente se refiere a una letra que desconoce a Cristo; si desprecia la letra, es que la compara con el espíritu; si la llama “imaginativa”, quiere decir que el hecho es a la vez imagen.

El autor medieval considera el sentido literal como obvio, toma las palabras sin mucha crítica, sin esforzarse demasiado por corregir la perspectiva de la misma. De aquí que su explicación no requiera mucho espacio. Cuando la letra es difícil, no se detiene en ella, se lanza enseguida a la reflexión espiritual.

Pero esto no quita que la historia y el sentido literal son importantes en la interpretación de la Escritura. Pero no cualquier historia, sino la historia bíblica, la historia en sentido teológico, esa historia universal en la que Cristo es la causa última de todos los acontecimientos. En este sentido, la historia, y el sentido literal de la Escritura que la narra y trasmite, es consubstancial a la reflexión cristiana.

La historia, sinónimo de la *littera*, preserva la memoria de los hechos, pero no manifiesta la plenitud de los mismos. Por ejemplo, que Cristo murió en la cruz es un acontecimiento, cuyo sentido fundamental o primario, el histórico o literal, sólo declara o expone el hecho pero sin profundizar su más hondo sentido. De acá que los Padres, al hablar del sentido literal, hablen de la “superficie de la historia”<sup>177</sup>. Pero no por esto, lo volvemos a repetir, los Padres menospreciaban el sentido literal, de hecho lo comparaban al cuerpo asumido por el Verbo de Dios: “La letra es la carne del Verbo”<sup>178</sup>.

Toda la Escritura, Antiguo y Nuevo Testamento, posee un sentido literal. El sentido literal del Antiguo Testamento está llamado a crecer hasta la altura y medida adulta de Cristo. Por su parte, los sentidos espirituales del Nuevo Testamento se identifican con su sentido literal.

#### 1.4.2. La alegoría enseña lo que hemos de creer y edifica la fe

Del sentido literal se pasa al espiritual, que ha de comenzar por la alegoría: “En las palabras de la Escritura debe, ante todo, hermanos carísimos, mantenerse la verdad histórica, y después debe averiguarse el sentido espiritual mediante la inteligencia de la alegoría; pues fácilmente se comprende el sentido de la alegoría cuando se apoya en la raíz de la verdad histórica”<sup>179</sup>.

Convencido de la armonía entre los dos Testamentos, Orígenes puede afirmar: “Nuestro Señor, fundamentalmente el mismo, aparece a través de todas las Escrituras bajo mil aspectos variadísimos; cada personaje, cada acontecimiento profético traza alguno de sus rasgos”<sup>180</sup>.

Por consiguiente, el objeto central de la alegoría es el misterio de Cristo, misterio que sólo la fe contempla. Cuando a la luz de la fe trasponemos el Antiguo Testamento para penetrar el misterio de Cristo, crece la inteligencia de la fe. En este sentido, “la alegoría edifica la fe”<sup>181</sup>.

---

<sup>177</sup> *Idem, Morales, XX,III:8.*

<sup>178</sup> San BERNARDO, *De la Excelencia de la Nueva Milicia*, VII:13.

<sup>179</sup> San GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre los Evangelios*, II, XX: 1.

<sup>180</sup> ORÍGENES, *Sobre el Génesis*, XIV: 7.

<sup>181</sup> San GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre los Evangelios*, II, XX: 1.

La alegoría puede también referirse a la Iglesia, en cuanto misterio –Cuerpo y Esposa– del Cristo Total.

Sólo el Antiguo Testamento se somete a la alegoría, el Nuevo habla de Cristo y de la Iglesia en sentido literal. La alegoría no está en el texto sino en las realidades que el texto narra. No se encuentra en la historia en cuanto narración sino en cuanto acontecimiento. Es propiedad de lo que narra el texto, leído en contexto cristiano a la luz de la fe, y no necesariamente del autor bíblico.

#### 1.4.3. La tropología enseña cómo hemos de obrar y edifica la caridad

El sentido tropológico o moral de la Escritura es la proyección, en nuestras vidas, de los misterios de Cristo ofrecidos por el sentido alegórico. Permanece en íntima continuidad con éste. La inteligencia del misterio lleva dinámicamente a la acción que identifica con Cristo. Es precisamente esto lo que nos enseñan los Padres monásticos medievales. Escuchémoslos:

“... lo que históricamente precedió en la Cabeza, se obre también moralmente en su cuerpo”<sup>182</sup>.

“Hemos pasado ya las sombras de las alegorías y llegado a las cuestiones morales. Hemos asentado el fundamento de la fe; construyamos ahora sobre él el edificio de nuestras costumbres. El entendimiento está suficientemente ilustrado; tracemos ahora la norma de nuestro obrar, ya que sólo merece llamarse sabio el que es guiado por el santo temor de Dios, aquellos cuya inteligencia recta va acompañada de buenas obras...”<sup>183</sup>.

“No sé que pueda haber modo más eficaz de edificar la propia conducta que el detenerse a considerar con piedad y fe el Misterio”<sup>184</sup>.

El sentido tropológico es, pues, una etapa de la historia de la salvación. Implica una toma de conciencia, hecha en la gracia, de nuestra comunión con Cristo por medio de nuestra realización de la Palabra. Encarna, aquí y ahora, la Palabra de Dios en nuestras vidas a ejemplo del cumplimiento pleno que recibió en Cristo. Por este motivo los Padres consideraron la Biblia como el “Libro de la experiencia”<sup>185</sup>. Se comprende también así por qué Jesús dijo: “Mi palabra es espíritu y vida”<sup>186</sup>.

Los maestros del sentido tropológico, Orígenes y san Gregorio Magno, han dejado bien claro que el sentido tropológico del Antiguo Testamento está lleno del soplo del Espíritu, dado que el Antiguo Testamento en su sentido alegórico más pleno no es otra cosa que el Nuevo Testamento.

No se trata, entonces, de un sentido “moralizante” de la Escritura, sino de un sentido moral sobrenatural dependiente de la unión con Cristo por el amor. La Biblia es una historia a revivir. Las vidas de los santos, al decir de san Gregorio, “esclarecen lo que dicen los dos Testamentos”<sup>187</sup>.

Queda aún por decir que cuando en la fórmula clásica o doctrinal –reducida a veces a tres términos– se antepone la tropología a la alegoría, esto no siempre implica una desconexión con el misterio de Cristo, éste permanece como telón de fondo.

El aspecto experiencial de la tropología explica su favor en los círculos monásticos. El Abad de Claraval, dirigiéndose a sus monjes, dirá: “Algunos de vosotros... llevan algo a mal el que mis sermones, varios días dedicados al estupor y a la admiración de los misterios, no han sido o sólo han

<sup>182</sup> San BERNARDO, *Sermones Varios*, LVIII: 2; cf. *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, LXXI:2; *Sermón en el Adviento del Señor*, V: 2.

<sup>183</sup> *Idem*, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, XVII: 8.

<sup>184</sup> GUERRICO DE IGNY, *Sermón para la anunciación*, II: 4.

<sup>185</sup> San BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, III: 1.

<sup>186</sup> *San Juan* 6:63.

<sup>187</sup> San GREGORIO MAGNO, *Homilias sobre las Profecías de Ezequiel*, I, X: 38.

sido sazonados con sal de aplicaciones morales. Y ciertamente esto se sale de lo corriente... Volvamos, pues, a indagar el aspecto moral, porque no puedo sentir pereza por aquello que os resulta provechoso”<sup>188</sup>.

Por lo que respecta al sentido tropológico o moral del Nuevo Testamento, es fácil darse cuenta que se identifica con el sentido literal. Es decir, en el Nuevo Testamento se pueden encontrar textos tropológicos en sentido literal, como ser, exhortaciones, consejos, etc.

#### *1.4.4. La anagogía muestra hacia dónde hemos de tender y lo que hemos de esperar*

La palabra anagogía es una latinización del término griego *anagagé*, que significa subida o elevación.

Es el más noble de los cuatro sentidos, el último y más alto logro de la exégesis espiritual. Busca las cosas superiores, invisibles, puras y últimas.

El misterio de salvación obrado por Cristo, la Iglesia y la vida cristiana están en movimiento hacia una consumación. El cristiano que capta este dinamismo aprende a esperar. La anagogía edifica y alimenta la esperanza.

La anagogía toma una doble forma en los autores medievales. La primera es el punto de llegada de la fórmula clásica o doctrinal de los cuatro sentidos bíblicos. La otra es coronamiento gratuito de la fórmula espiritual del triple sentido.

La primera representa el aspecto objetivo, doctrinal y especulativo, se refiere a la escatología del individuo y del universo: “Manifiesta los misterios del siglo futuro”<sup>189</sup>, “disputa sobre la vida futura”<sup>190</sup>. A esto se refiere Casiano cuando escribe: “La anagogía se eleva a los misterios espirituales a los secretos del cielo, más augustos y sublime”<sup>191</sup>.

La segunda mira al aquí y ahora. Se ordena a la “contemplación de los misterios celestes”<sup>192</sup>, a la “observación de los misterios del siglo futuro”<sup>193</sup>. Se define no tanto por su objeto cuanto por la manera de apprehenderlo. Se identifica con una experiencia espiritual.

Este segundo aspecto de la anagogía es el que prevaleció hacia fines del siglo XII. La anagogía así entendida, más que cualquier otro sentido bíblico, postula y reclama la santidad del lector. Sólo se da en la experiencia mística. Un hermoso texto de Garnier de Rochefort, en el que el sentido anagógico es presentado coincidentemente con el éxtasis, demuestra su excelencia:

“Cuando el alma asciende los grados de una segura contemplación, escrutando la palabra divina, contempla conjuntamente, según la anagogía, los secretos celestes... El alma estupefacta es raptada en la contemplación... mientras antes hablaba ahora enmudece. La abundancia empobrece a quien la pobreza había enriquecido y, paradójicamente, mientras avanza disminuye, y así más avanza cuanto más disminuye...”<sup>194</sup>.

Esto mismo es lo que afirma Adam de Perseigne: “El cuarto sentido es la anagogía, el cual conduce al alma hacia arriba, hacia la inteligencia o contemplación de las cosas invisibles”<sup>195</sup>. Y otro tanto nos dice Garnier de Claraval:

---

<sup>188</sup> San BERNARDO, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, LXXX: 1; cf. XVI: 1,8.

<sup>189</sup> CASIODORO, *Sobre los Salmos*, XCVIII.

<sup>190</sup> Anónimo.

<sup>191</sup> CASIANO, *Colaciones*, XIV:8.

<sup>192</sup> AIMON, *Sobre el Apocalipsis*, II.

<sup>193</sup> ORIGENES, *Sobre Josué*, XXV:3.

<sup>194</sup> GARNIER DE ROCHEFORT, *Sermón*, XXIII.

<sup>195</sup> ADAM DE PERSEIGNE, *Carta*, 30.

“El alma es conducida tan alto que, sin necesidad de signos... libre de toda imagen, contempla con simplicidad su origen divino, infinito y superesencial... Es una cima alcanzada por pocos y se la llama conocimiento anagógico”<sup>196</sup>.

No queda pues duda: el sentido anagógico en su forma más espiritual se identifica con la experiencia mística. Es una participación en el Espíritu Santo que vivifica la Escritura. Gracias a El las palabras de la Biblia son lugar, por excelencia, donde el Señor hace sentir y gustar la vida eterna. Alejandro de Cantorbery, monje benedictino del siglo XII, comentando las palabras del Cantar de los Cantares “El me ha introducido en su bodega”<sup>197</sup>, dice que esta bodega no es sino la Sagrada Escritura. En ella se encuentran cuatro barriles, cada uno de ellos representa uno de los cuatro sentidos bíblicos. El último barril es el de la anagogía; nadie puede alcanzarlo si Dios no se lo concede. Quien bebe de él gustará la suavidad del amor divino y quedará ebrio por la dulzura maravillosa de esta bebida”<sup>198</sup>.

## 2. LA TRADICIÓN DE LOS HIJOS

Acabamos de dar un vistazo general a la doctrina sobre la *lectio divina* que nos han entregado los Padres y los autores espirituales. Si la tradición es “el pasado viviente en el presente”, podemos hacernos una doble pregunta: ¿cómo vivimos nosotros hoy la tradición de la *lectio*? y ¿qué entregamos a los que nos siguen y seguirán? Doble pregunta cuya respuesta nos permite hablar de: la tradición de los hijos.

En el espíritu de todo lo ya dicho, más que ofrecer una elaboración acabada y sistemática, nos limitaremos a hacer unas aclaraciones, y presentar unos consejos prácticos que ayuden al ejercicio diario de la *lectio divina*. A fin de no pecar por ambición desmedida, aclaremos que, si bien estas aclaraciones y consejos carecen de infalibilidad y aplicación universal, no obstante, se han demostrado útiles en nuestra pequeña comunidad del noviciado de Azul.

1. Digamos, ante todo, que aceptamos *diferentes modos* o grados de *lectio*, según graviten más o menos directamente en nuestro diálogo con Dios. Hablamos así de una *lectio*:

–*Formativa*: cuyo propósito inmediato es entender y adquirir conocimiento sobre Dios.

–*Espiritual*: que si bien tiene como objeto la adquisición de nuevos conocimientos, no obstante enfatiza lo referente a la vida espiritual; se trata de un conocimiento para fundamentar nuestras convicciones y búsqueda de Dios.

–*Devocional*: su fin inmediato es motivarnos a una generosa y total entrega al Señor; las vidas de los santos suelen ser su materia apropiada.

–*Pura*: se basa en la Sagrada Escritura; su fin es la contemplación de la misma realidad divina, la unión con Dios mediante la fe y el amor. En lo que sigue nos ocuparemos principalmente de ella.

2. Por lo general, al principio, conviene tomar los textos de la Misa del día. En especial el Evangelio. Esta forma “*litúrgica*” de *lectio* pura parece ser la más apta para los principiantes. Con la madurez que proporciona la práctica –o por motivos circunstanciales– se podrá también ir haciendo una *lectio* pura “*temática*” (siguiendo un tema a lo largo de toda la Escritura o de un grupo de libros) o “*continua*” (leyendo de corrido toda la Biblia, un conjunto de libros o uno solo de ellos).

3. ¿*Cuándo* hacerla y *cuánto tiempo* dedicarle? No hace falta decir que el momento más apropiado para la *lectio* ha de ser aquella hora del día en que mejor nos encontramos para

<sup>196</sup> GARNIER DE CLARAVAL, *Sermón*, XXXI.

<sup>197</sup> *Cantar de los Cantares* 1:4.

<sup>198</sup> ALEJANDRO DE CANTORBERY, *Del Libro de las Semejanzas de San Anselmo*.

dialogar con Dios. Obviamente, media hora antes de acostarnos, luego de una fatigosa jornada, no es la hora más conveniente. La duración puede variar de una persona a otra, pero creemos que hay que darle el tiempo suficiente requerido para entablar un diálogo fraterno con otra persona. En la medida en que se conoce y ama a alguien tanto más se le escucha, responde y gusta estar con él...

4. Si bien consideramos el esquema medieval *lectio–meditatio–oratio–contemplatio* como un método de oración contemplativa; podemos también decir que se trata de una descripción de lo que naturalmente sucede si somos libres y tenemos tiempo para que suceda. La práctica suavizará las rigideces y hará que los momentos se alternen en un orden siempre cambiante o se superpongan entre sí. Más que los peldaños de una escalera podemos considerarlos como los ingredientes de una dieta bien balanceada.

5. La *lectio* pura se caracteriza por una cierta *gratuidad*. En esto se diferencia del estudio que presupone fines utilitarios. Aún más, el estudio busca dominar y conquistar la palabra; la *lectio*, todo lo contrario: se rinde y doblega ante ella. Por eso, las “interrupciones” en la lectura, ocasionadas por el Señor, son los momentos más importantes. Más que una actitud de lector, debemos asumir una actitud de “oír” del Señor que nos habla y sale al encuentro.

6. El  *cuerpo* también está invitado a participar. Ya sea mediante una postura apropiada (comenzar de rodillas...), gestos determinados (besar la Biblia y hacer la señal de la cruz al empezar y concluir... ) o mediante una lectura audible.

7. El *respeto* que tengamos al Libro Sagrado será una muestra del amor que profesamos a la Palabra de Dios y de la captación de la presencia que la Biblia evoca. Este respeto se expresará: en el cuidado material con que tratemos nuestra Biblia y en la actitud exterior que asumimos durante la *lectio*.

8. En la *lectio* diaria se ha de procurar que quede siempre algo en el fondo de la *memoria*, para que asimilado, sea, a la mera evocación de su recuerdo, frecuentemente rumiado en otras horas del día.

9. Nada más difícil de sobrellevar que la mudez de la Palabra; pero nadie que haya sabido *esperar* ha quedado desilusionado...

10. Aunque la *lectio* pura no es siempre gratificante es, no obstante, un ejercicio de práctica diaria “obligatoria”. Se trata de una actividad de *largo aliento* que produce sus frutos con el correr del tiempo. ¡Nadie cosecha al día siguiente de haber sembrado!

11. A algunos puede ayudar, durante y terminada la *lectio* pura, *tomar nota* de lo que va sucediendo y de lo sucedido. Pero, ¿qué anotar y cómo hacerlo? En cuatro columnas paralelas ir anotando: a) Qué dice el texto en sí mismo; b) Qué me dice a mí habiéndolo leído; c) Qué le digo yo a Dios motivado por la lectura y la meditación; d) Qué más sucedió.

12. Sinteticemos las dificultades y tentaciones más comunes junto con los medios que pueden ayudarnos a salir del paso:

#### *Dificultades Ayudas*

(Prólogo)

–Agitación o preocupación por  
–Serenarse y tomar conciencia  
otras cosas. de la cita con el Señor.



-Expectativas y fines utilitarios.  
-Pedir gratuidad, desinterés  
esperanza.

-Perder el tiempo buscando un  
-Determinar el texto de ante mano.  
texto que nos caiga bien. Con  
preferencia, al inicio, el Evangelio del día.

### *Lectura* (qué dice)

-¡Este texto ya lo conozco! -Recordar  
que lo importante, aunque sin despreciar  
“la letra”, es la realidad espiritual a la cual  
se refiere el texto. Una cosa es conocer la  
fórmula química del agua y otra cosa es  
saborearla a la sombra de un sauce una  
tarde, de verano

-No entender lo que se lee. -Buscar el  
contexto mayor (sección y capítulo), menor  
(lo que antecede y lo que sigue) y litúrgico  
(los otros textos de la Misa y el clima de la  
fiesta o tiempo litúrgico). Comparar con  
textos paralelos. Recurrir a las notas al pie  
de página. Determinar el mensaje central  
del pasaje mediante las palabras claves del  
mismo. ¡Pedir ayuda al Señor!

-Convertir la lectura en un estudio que  
consume todo el tiempo.

-Limitarse a lo anterior y no consultar  
Manuales o Comentarios. El estudio de la  
Biblia ha de hacerse en otro momento.

### *Meditación* (qué me dice)

-El texto no nos dice nada o se lo  
aplicamos al vecino

-Releerlo en primera persona.  
Amar a la Palabra más allá de las palabras. No  
temer y comprometernos.

-Divagues y distracciones

-Volver a la lectura y detenernos en las  
palabras claves, quizás escribiéndolas.

### *Oración* (qué le digo)

-Silencio árido.

-Excesiva abundancia de palabras.

–Mantenerse en calma y paz. Rumiar lentamente una sola palabra o frase.

–Convertir en oración el mensaje central y rumiarlo pacíficamente.

*Contemplación*  
(qué más sucedió)

–Temor al subjetivismo o a la ilusión.

–Transparencia con un guía y confianza filial en Dios.

–¡Sueño!

–Elegir una hora más conveniente y acostarse más temprano la noche anterior.

13. Recordemos que nuestra *lectio* ha de estar *vitalmente relacionada* con todos los otros *exercitia* o “instrumentos del arte espiritual”, que se practican en el recinto del monasterio, guardando estabilidad en la familia monástica. Casi diríamos que la *conversatio morum* o modo de vida monástico tiene por objetivo próximo la creación de un medio ambiente o clima bíblico en el cual la Palabra de Dios fructifique al ciento por uno.

14. La Biblia no está destinada a informarnos sobre Dios sino a *transformarnos* según la forma de Cristo. En este sentido es fuente de toda formación. Próximos a concluir volvamos a darle la palabra a los Padres:

“La causa primordial y eficiente de todo aquello que fue, es y será, es Dios. Él es asimismo el último fin de todo. Y así como Él es el ser de toda existencia, es la vida de todo viviente y la sabiduría de toda sabiduría. Es así que la creatura ha sido creada según esta forma, recibiendo de ella no sólo el ser y la vida sino también el ser y el vivir sabiamente. Cuando el hombre se ha separado y desunido de esta forma se volvió miserable como un animal desprovisto de sabiduría y comenzó a ser y a vivir de una forma insípida. No le falta, sin embargo, ni el ser ni la vida, y puede reencontrar su forma primera gracias a la acción reformadora de Aquel que lo ha formado. La forma es la Sabiduría; el camino por el cual uno retorna a la forma es la reformation (*eruditio*). Toda esta reformation, que nos reconduce hacia la forma quitándonos nuestra deformidad, se fundamenta en tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; para que sabiendo lo que es necesario creer, esperar y amar, creamos, esperemos y amemos. La Sabiduría, al transferirse en almas santas, hizo de ellas amigos de Dios y profetas, por los que nos entregó la Sagrada Escritura, fuente de toda formación (*eruditio*)”<sup>199</sup>.

15. Pero, ¡atención! Y con esto terminamos. La Escritura *no es el fin*, por lo tanto ha de ser amada “por aquel último fin a donde nos lleva”. De acá que diga san Agustín: “El hombre que está firme en la fe, en la esperanza y en la caridad y que las retiene inalterablemente, no necesita de las Sagradas Escrituras, si no es para instruir a otros”<sup>200</sup>.

Que la Virgen Madre nos dé parte en su fecundidad: su acogida y entrega fue tal que la Palabra se hizo Hijo en su seno. Y lo hará, en la medida de nuestra asiduidad y perseverancia en la *lectio divina*.

*Trapa de Azul*  
*Argentina*

---

<sup>199</sup> ELREDO DE RIEVAL, *Sermones de Oneribus*, I.

<sup>200</sup> San AGUSTÍN, *Sobre la Doctrina Cristiana*, I,XXXIX: 43 y XXXV: 39.